



omenaje
Don
vida rosarista
edro Fermin de V...



Homenaje
a Don
Pedro Fermín de Vargas

El Muy Ilustre Señor
Rector, José Vicente
Castro Silva,
descubre el mármol
en memoria de
don Pedro Fermín
de Vargas.



Esta revista se une al homenaje que el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario rindió a don Pedro Fermín de Vargas, presentando varias notas sobre su vida, su pensamiento y su labor como “observador sagaz de la economía contemporánea y precursor de la futura”.

SOBRE DON PEDRO FERMIN DE VARGAS

Palabras del doctor Antonio Alvarez Restrepo al descubrirse el mármol en honor de don Pedro Fermín de Vargas, en el claustro de este Colegio Mayor.

Cuando en los días finales del régimen colonial aparecieron sobre el horizonte signos que anunciaban el advenimiento de la independencia, don Antonio Nariño reunía en alguna casa de la apacible Santa Fe a un grupo de criollos inconformes que daban los primeros pasos en el camino de la vecina insurrección. Eran en su mayor parte espíritus inquietos, mentes abiertas a las nuevas corrientes que surgían imprecisas del fondo colonial, hombres por cuyas venas corría aquella sangre generosa que más tarde habría de ungir con su púrpura la Huerta de Jaime o la amplia soledad de la plaza mayor. Se reunían, según narran los cronistas de aquel tiempo, para leer las gacetas de la época, "los diarios enciclopédicos" como el Precursor llamaba las escasas publicaciones que llegaban del extranjero y que traían hasta aquí como el eco amortiguado de lo que en el mundo distante sucedía.

Entre los contertulios de aquel cenáculo se encontraba un hombre discreto, un criollo reflexivo y apacible que confesaba su cortedad y trataba de no aparecer en el primer plano por razones de su posición en los cuadros administrativos de la colonia como funcionario del rey. Mas aquella actitud suya, en apariencia recatada, no le impedía analizar con entera franqueza los problemas económicos y sociales de la Nueva Granada.

"El amor que tengo por el país por haber nacido en él, el tal cual manejo de los asuntos más sustanciales que he adquirido en la primera oficina del Reino, los viajes que he hecho atravesándolo de parte a parte y las observaciones que éstos me han sugerido, me ponen en estado de hablar con mayor co-

nocimiento que otros muchos de los inconvenientes que hay que vencer, los ramos qué cultivar y las providencias que se deben dar para conseguir la prosperidad de esta colonia. A este fin me propongo tratar separadamente de la agricultura, comercio y minas, enlazando los intereses del reino con los de la madre patria, que es como debe calcular todo buen ciudadano”.

Así escribía por allá en 1790 don Pedro Fermín de Vargas Sarmiento, natural según él del mismo virreinato y colegial mayor de esta Casa, en donde había recibido lecciones de Filosofía y Física de labios de don Eloy Valenzuela, austera figura de maestro, de sabio y de patriota que se alza sobre el panorama de nuestra historia entre la limitada constelación de los primates..

En el proceso revolucionario, Vargas actúa al lado de Nariño en los días iniciales e influye en forma decisiva sobre el destino del Precursor. Lector pertinaz, repasa todas las obras de ciencias, de filosofía y de política que logra obtener en la reclusa ciudad monacal y luego las traspasa a su amigo que por aquellas calendas arde ya en las íntimas ansiedades de la anhelada libertad. Sus lecturas y el pensar y cavilar en los asuntos de su país mueven a Vargas a escribir varias memorias de tipo económico con propiedad y buen juicio desconcertantes. Nada escapa a su curiosidad inquisitiva. Mira el panorama de la colonia neogranadina con una capacidad de captación tal que pasadas casi dos centurias resulta sorprendente ver cómo en aquella época y en aquel momento este hombre, hundido en la mediocridad del ajeteo burocrático, pudiera ver con tal precisión y seguridad lo que debía hacerse para cambiar el lamentable estado de la Nueva Granada. A la distancia de ciento setenta años el repaso de aquellas páginas, las primeras que un criollo escribiera sobre tales temas, produce a la vez que admiración, cierta pesadumbre porque nos hace considerar cuán lentos son los avances de los grupos humanos por el camino de su perfeccionamiento y cuán largas las rutas que conducen hasta la meta de una civilización aceptable. No es exagerado decir que de estas memorias de nuestro primer economista podrían entresacarse, sin omitir un solo detalle, tesis que hoy tendrían vigencia absoluta y que bien podrían figurar en el plan preparado por la actual oficina de planeación para ser sometido a la consideración de los “nuevos sabios”. Podríamos dolernos hoy, como ya

se dolía él en su tiempo, del atraso lamentable en algunos sectores de la agricultura, del sacrificio de muchas oportunidades por la falta de vías adecuadas, o acompañarlo a analizar las posibilidades que ofrecen la explotación de las plantas del trópico: el algodón, el café (ya él hablaba del café), el lino, el té, la canela, el tabaco, etc.

“En un país como éste, escribe Vargas, qué campo tan vasto para las indagaciones y experiencias de un cuerpo compuesto de hombres inteligentes y celosos del Reino”. “La protección que deben gozar del gobierno los pondría en estado de conseguir las noticias más puras sobre los asuntos de su instituto”.

“Pero por más afianzada que contemplemos la agricultura, con el establecimiento de la Sociedad Patriótica de Amigos del País, si el comercio no favorece la extracción de frutos, no hay que esperar adelantamiento. Un país compuesto de labradores y destituido de tráfico será el más pobre de cuantos se conocen y necesitará de un terreno inmenso para mantener una población lánguida y leve...” Está allí todo el problema que ahora se nos plantea en esta encrucijada actual, a la cual hemos llegado después de ciento cincuenta años de tanteos y fallidas experiencias. Un país compuesto de labradores será el más pobre de cuantos se conozcan, dice Vargas en 1790, y sus conclusiones coinciden, punto a punto, con aquellas a que ha llegado el Profesor Currie después de analizar el proceso colombiano a la luz de las más avanzadas teorías.

En materias agrícolas, después de examinar la deficiencia de los instrumentos con que se trabaja el campo y los sistemas rudimentarios empleados en estas labores, agrega:

“A esta imperfección de instrumentos de labor se sigue la del modo de sembrar, pues estas gentes jamás recogen las semillas, jamás las cruzan alternando las de diversos temperamentos, jamás toman aquellas precauciones para que no degeneren los granos...”

y frente a ese gran mal de la indolencia del cual todavía padecemos, comenta:

“La experiencia de todos los siglos ha enseñado que los habitantes de los países estériles son gradualmente más industriosos que los de los países ricos y abundantes. Así la naturaleza equilibra todas las cosas de un modo incomprendible. La facilidad con que se mantienen las gentes

de las tierras cálidas del Virreinato las hace del todo, indolentes y perezosas”.

Para cerrar con esta conclusión un tanto desolada:

“Todos estos ramos que pertenecen a la agricultura del Reino deberían atenderse con particularidad si se quiere sacar algún partido útil de esta colonia. Dejándolos en el pie en que hoy están jamás producirán ventajas considerables y será preciso comprarlos al extranjero cuya población y fuerzas crecerían con conocido perjuicio del Estado... Una inmensa extensión del territorio desierta, sin cultivos y cubierta de bosques asperísimos, cuyos árboles según la expresión de Ulloa, existen desde el diluvio, presenta en las mismas costas la imagen del descuido, de la ignorancia y de la ociosidad más reprehensible”.

En el cuadro de la muy escasa literatura económica con que cuenta el país, ocupará siempre lugar eminente lo que este visionario adivinó casi intuitivamente entre la niebla del crepúsculo colonial, en una época en que apenas si principiaba a conocerse en Inglaterra la obra de Adán Smith, cuando aún no habían surgido a la escena de los tratadistas ni Malthus ni Ricardo y cuando los estudios económicos eran solo una parte modesta de los cursos de derecho y de las matemáticas.

“De la agricultura y el comercio acerquemos a la industria y veremos que es lo que le conviene al Reino. Sabemos que las artes y las manufacturas dando ocupación a los ciudadanos que no tienen fundos de tierra, y elevando talvez su industria a un valor inmenso, equilibran las clases del Estado conteniendo la prepotencia de los propietarios o dueños de la subsistencia...” “Todo hombre de algunos conocimientos sabe la imposibilidad en que se haya nuestra Península de surtir a sus colonias de los género que necesitan y a pesar de los esfuerzos que se haga no lo conseguiremos jamás. Supuesto pues que España no puede por si sola surtir a sus colonias se podrían establecer aquí con gran reputación por la abundancia de primeras materias, fábricas de cotonias, de sargas, de vidrios, loza, papel, etc. De este modo permanecerían las riquezas encontradas en la misma nación y el oro y la plata vivificarían asombrosamente estos dominios a quienes el peso de la pobreza mantendrá largo tiempo en su infeliz estado si no se adoptan estas saludables ideas’. Nuestro actual programa de desarrollo económico repite, como un eco distante, la previsoras admonición de

Vargas: urgencia de la industrialización, necesidad de ocupar brazos, aprovechamiento de las materias primas que poseemos. Las saludables ideas de nuestro primer economista siguen teniendo vigencia después de tantos años.

Y para que nada faltara en su cuadro el problema de la población le preocupa con urgencias dignas de un economista del siglo XX. El país está despoblado, no se permite el acceso de extranjeros, no hay intercomunicación entre los habitantes, muchas ciudades se han fundado en lugares mefíticos, el clima actúa con su acción implacable, las enfermedades, la escasez de nacimientos, todo actúa y conspira contra la formación de un conjunto humano vigoroso, que pueda aprovechar las riquezas del suelo por medio del trabajo tenaz. Cuando se repasan estas ideas, por simple asociación, recordamos aquellos capítulos en que el Padre Lebret pone su índice acusador sobre el estado lamentable de buena parte de nuestro pueblo.

Todo lo examina, todo lo escruta este inquieto analista de la vida colonial: los malos caminos que impiden el comercio, el atraso de los equipos agrícolas, la rutina y pereza en el campo, la carencia total de industrias, la mala división de las tierras, el estado lamentable de una población triste y enferma. Los asuntos de la salud le llevan hasta redactar un reglamento interno de hospitales. Y para que nada faltase y para que su cuadro fuese semejante al nuestro en todos sus aspectos, incluye en lo que él llamó sus “Pensamientos Políticos” aquella observación señalada con el número 36, que dice así: “No son menos embarazosos a la población (porque lo son a los cultivos y a la industria) los demasiados días de fiesta”. Hace tres semanas nuestro país discutía una vez más este tema del cual parece que va a preocuparse el parlamento.

El hecho de haber sido don Pedro Fermín de Vargas colegial de esta austera Casa de la cultura agrega un nuevo blasón a su historia y crea dentro de su venerable tradición humanista como una vertiente nueva, la de la investigación económica que ahora se prolonga en la facultad del mismo nombre destinada al examen y estudio de los problemas que afectan a nuestro pueblo. Estos claustros fueron el escenario en donde aquella sutil inteligencia aprendió a reflexionar sobre los destinos de su patria, aquí se abrió su mente a la comprensión de fenómenos que más tarde habría de analizar con tal lucidez y clarividencia que releerla a la altura de nuestro tiempo es como repasar

una lección que se nos acabara de enseñar. Fue él una especie de visionario que intuyó lo que Colombia necesitaría para ser una nación digna de este nombre. Aquella preocupación suya por la suerte del país que “amaba tiernamente” según sus propias palabras es sin duda alguna su más alta lección para nosotros.

Si establecemos el contraste entre el ambiente y los medios que rodeaban a nuestro primer economista y la cornucopia de dones que la civilización y la cultura nos han ofrendado a nosotros podemos deducir que nuestras obligaciones para con el país son mucho mayores y más imperativas. Sobre todo las vuestras, jóvenes estudiantes de estos claustros. La república está urgida desde hace tiempos de una generación que tenga las calidades de heroísmo interior, de abnegada voluntad, de fe en la patria, iguales a aquellas que abroquelaron las almas intrépidas de los fundadores de la nacionalidad. Una pléyade de ciudadanos capaces del ingrato sacrificio, de la anónima gesta, que quieran servir a la tierra de sus padres pensando más que en su propio provecho en la aventura de su suelo y de su gente. Volvamos los ojos al pasado y recordemos la teoría de claros varones que de aquí salieron para honrar con sus obras la historia común de nuestro pueblo. Su sola evocación es un mandato, su presencia un estímulo, su ascenso por el camino de la virtud creadora una invitación imperativa. Ser dignos de lo que ellos realizaron será una noble empresa para la juventud rosarista.

Pedro Fermín de Vargas nos dio una lección que hoy, después de tantos años, no hemos logrado aplicar en toda su integridad. Al consagrar este mármol que enaltece su memoria recordemos en su honor que Colombia será una gran nación el día en que los problemas que él señaló con inteligencia adivinatoria, hayan sido resueltos. Solo entonces podremos decir que en verdad creemos en la doctrina de la “dignidad humana” y en la democracia y en la libertad.

REVALUANDO LA HISTORIA

ALIRIO GOMEZ PICON

En el benemérito Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario —ligado por una tradición tan gloriosa a nuestra historia nacional— tuvo lugar el último acto en honor de Pedro Fermín de Vargas, uno de los precursores de la Independencia y a quien con sobrados merecimientos se le puede señalar como el patrocinador más autorizado de nuestros estudios económicos.

La palabra severa del ilustre rector del Colegio, Monseñor José Vicente Castro Silva, engastada en períodos clásicos que le han dado sitio tan alto en la oratoria sagrada colombiana, resonó en el claustro, cercano al aula de Rafael Pombo, para evocar la silueta del andariego revolucionario y descubrir la placa que lleva esta leyenda tan expresiva como justa: “Pedro Fermín Vargas, 1762 — 1962. Ferviente servidor de la Independencia colombiana, observador sagaz de la economía contemporánea y precursor de la futura a la cual abrió camino con su doctrina y experiencia”.

Antonio Alvarez Restrepo pronunció una elocuente oración para exaltar la obra del gran santandereano que con sentido clarividente se ocupó de tantos aspectos de la vida colombiana que mantienen su actualidad palpitante. Una breve y acertada incursión por los campos de las ciencias sociales y económicas para advertir cómo la obra de Pedro Fermín de Vargas se adelantó al planteamiento de problemas e interrogantes que van a servir de meditación a los economistas, y cómo antes de que Adam Smith, Ricardo y Malthus lanzaran sus teorías, aquel investigador sentaba las bases de una economía típicamente americana.

En torno a Pedro Fermín de Vargas hay mucho que escribir. En estas conmemoraciones patrocinadas tan generosamente por la Academia de Historia, ha habido oportunidad de hacer re-